

ÍNDICE

Prólogo <i>Por Miguel Gutiérrez-Garitano</i>	9
Sombras en el neón chino	13
Zigor Aldama	
El canal de Beagle	20
José Vicente Alonso	
El exterminio nonam no será publicado	24
Unai Aranzadi	
Viaje a la guerra en tren	32
Mikel Ayestarán	
USA. En el Oeste	36
Jokin Azketa	
Una noche tropical con Bartolo	42
Roge Blasco	
De la conveniencia de dejar las cosas en su sitio	48
Juanma Costoya	
Marhaba: un regazo para mi viaje	55
Eider Elizegi	
El timo	66
Eneko Etxebarrieta	

Un idiota en «El mundo perdido»	72
Miguel Gutiérrez-Garitano	
La voz del Pirineo	89
Marta Iturralde	
El faro de Lima	96
Antxon Iturriza	
Un viaje digamos que telúrico	104
Ander Izagirre	
Novatada en el Ogoué	114
Ramón Jiménez Fraile	
Amor en tiempos de guerra	126
Amaia López de Munain	
Sobrevivir para contarlo	134
José Luis Manzanedo, <i>Patxo</i>	
Los ojos más tristes del mundo	142
Julián Méndez	
El síndrome Whitechapel	149
Pablo Ojer	
Por las montañas heladas	159
Marisol Ortiz de Zárate	
A lomos de la bestia	172
Jon Sistiaga	
«King was killed»	186
Endika Urtaran	
Viaje a Oriente	196
Julio Villar	
Un caballo para Rafael	202
Pablo Zulaica Parra	
Buscad al que vende las mejores alubias de Alepo	215
Karlos Zurutuza	

UN IDIOTA EN «EL MUNDO PERDIDO» MIGUEL GUTIÉRREZ-GARITANO

«—¿Dirías que hoy ha sido un día normal para ti?
—No, mejor de lo normal».

Diálogo entre Indiana Jones y su padre en el filme *Indiana Jones y la última cruzada*.

Nunca se deben subestimar los réditos sociales de la idiotez; gracias a ellos, la mañana del 9 de noviembre de 2009 yo fanfarroneaba en el patio del hotel B como un gallo que cacarea sobre una montaña de estiércol. Levy, el dueño del negocio, me regaló con sus mejores viandas —una fruta dulce llamada *mamaô*, acompañada de queso y *rapadura*, el membrillo local— y ordenó a los demás inquilinos que se apretaran en sus cuartos para que yo pudiera disfrutar de una habitación para mí solo. Había feria de ganado y el pequeño hostel estaba a rebozar, así que se trataba de una medida de lo más generosa.

En mi descargo es necesario decir que fueron los habitantes del lugar, todos ellos vaqueros curtidos por la intemperie, los que habían provocado la situación, con sus aplausos insistentes, continuos agasajos y pertinaces alabanzas hacia mi persona. Veinticuatro horas antes los mismos individuos me ignoraban o se dirigían a mí con la misma desgana o desconfianza que se muestra con un vendedor de enciclopedias; tal circunstancia no me importaba demasiado. Uno sabe a dónde viaja, y yo me encontraba en Vila Bela da Santíssima Trindade, una localidad brasileña fronteriza con Bolivia, poblada por parroquianos recios como remaches de barco para los cuales un turista es lo más parecido a un perro sin amo, molesto e inoportuno. Pero la situación había dado un giro de 180 grados la noche del día anterior. Los mismos tipos ahora me adoraban porque me había convertido en el rapaz más viril e idiota de los contornos, lo cual, en aquel mundo creado a base de machadas, testosterona y sangre, equivalía a una puesta de largo social de lo más exitosa. Todo se lo debía a una simple excursión de unas doce horas de duración por las montañas que se alzan al oeste del valle del río Guaporé y se extienden por Bolivia, por el distrito de Santa Cruz; mesetas boscosas que reciben el nombre de sierra de Ricardo Franco. Había protagonizado una marcha en solitario que, paso a paso, se había tornado en una monumental idiotéz que al final había estado a punto de costarme la vida.

Y ahora descansaba en el hotel B, enfebrecido y magullado, tratando de acopiar ilusiones y fuerzas para poder continuar mi viaje. Mi chulería, por supuesto, era mera fachada. Cada momento de asueto, cuando al fin me dejaban tranquilo, mi conciencia me ponía de nuevo en mi sitio: «idiota, idiota, idiota», me repetía una y otra vez, y me sentía como una serpiente que se ha tragado un carámbano. Y cuando me cruzaba con alguien, lo mismo que cuando charlaba con Levy o Ilsa, su esposa, sonreía beatífico, pues, como buen jugador de mus, soy de la opinión de que si se lanza un órdago hay que representarlo hasta sus últimas consecuencias.

Mi presencia en el pueblo brasileño era un episodio dentro de un viaje que me había llevado a descender el Amazonas en barco, cruzar en autobús toda la selva amazónica meridional, acampar en un poblado indio en el humedal infinito de El Gran Pantanal y perderme